



Revista de Antropología Social

ISSN: 1131-558X

ras@cps.ucm.es

Universidad Complutense de Madrid  
España

CANTERO, Pedro A.

A sabiendas de lo incierto...

Revista de Antropología Social, vol. 17, 2008, pp. 287-297

Universidad Complutense de Madrid

Madrid, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=83813159013>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

A sabiendas de lo incierto...

With the certainty of the incertitude...

**Pedro A. CANTERO**

Departamento de Ciencias Sociales. Universidad Pablo de Olavide, Sevilla  
pacanmar@upo.es

Recibido: 1 de enero de 2008

Aceptado: 20 de enero de 2008-04-07

### **Resumen**

Podría decirse que Antropología y Literatura tienen como objeto al ser humano, sin embargo, algo las diferencia radicalmente. Lo propio de la Literatura es contar, reflejar más que discurrir, mientras que la Antropología se engarza en los discursos. Como antropólogo, siento cada vez más urgente el trabajo de exactitud “literal”, no obstante, sé que, al hacerlo, tiendo a ocultar el lado oscuro de los hechos, doblé la propia vida hasta disecarla. En esa paradoja me debato.

**Palabras clave:** verdad, superchería, escritura, ciencia, etnografía, testimonio, imaginario, recreación, ficción.

### **Abstract**

It could be said that both anthropology and literature take the human being as an object of study, but something radically differentiates them. Literature focuses on narration, reflection more than reasoning; anthropology, by contrast, bases itself in discourses. As an anthropologist, I feel that “literal” exactitude is more and more urgent. Nevertheless, I know that in doing so I tend to obscure the dark side of the facts; I distort life itself, ultimately desiccating it. I situate my argument within this paradox.

**Key words:** truth, fraud, writing, science, ethnography, evidence, imaginary, reconstruction, fiction.

**SUMARIO:** 1. 2. 3. 4. 5. Referencias bibliográficas.

## 1.

Cuando se me pidió contribuir a este número, me vino en mente lo que Marcel de Grève apunta sobre el tema en el artículo sobre Antropología que escribió para el *Dictionnaire International des Termes Littéraires*: “Las relaciones entre la Literatura y la Antropología pueden interesarnos por dos aspectos que se prestan a debate: el papel de la escritura, entendida como dimensión literaria en los textos de antropólogos; y la posibilidad de una lectura antropológica de los textos literarios” (www.ditl.info).

El primer aspecto es el que más me atrae, pues el segundo entra de lleno en una posible actitud “científica” y nadie parece contestarla; como de Grève escribe, basta con constatar lo que la Antropología ha aportado al estudio de los mitos. Ahora bien, en cuanto a la dimensión literaria de la etnografía, se alza una barrera de desconfianza, pues lo que está en juego no es sólo el estilo, sino la disyuntiva entre objetividad y subjetividad; sin hablar de la dimensión de la ficción en el texto de los propios antropólogos.

En este sentido, el relato que propone F. S. P. me parece tanto más que oportuno porque da pie a entrar de lleno en la paradoja de nuestra propia disciplina. Pues, si se nos pide que seamos, si no la medida, al menos, el termómetro de lo que observamos, ¿cómo eludir, a la hora de rendir cuentas, esa dimensión vivencial incluso acudiendo a la “invención”?

Es cierto que Clifford Geertz, en *Works and Lives: The Anthropologist as Author*<sup>1</sup>, ya planteó dos cuestiones cruciales en este sentido: ¿puede el antropólogo liberarse de “la angustia de la subjetividad”? ¿no se ve llevado a recurrir a una retórica a fin de convencer? No obstante, el planteamiento del texto que F. S. P. nos propone no deja por ello de parecer radical. Amén de estar en el meollo de la cuestión, da un paso más: ¿qué puede aportar la ficción a la propia metodología antropológica? ¿en qué medida la ficción traiciona la verdad o se opone a una actitud científica? ¿qué interés y qué riesgos conlleva su empleo? Antes de contestar, permitidme que os cuente algo que tuvo para mí valor de ejemplo y que me sirve de antídoto.

Hace tiempo, mientras almacenaba conocimientos sobre la comarca en la que haría mi tesis, me topé con un autor local de historias costumbristas, no faltas de savia. Narraban todas un tiempo pasado, el de su infancia, que él llevaba tan vivo como su propio aliento. Fue un tiempo idílico, del que no lograba resarcirse. El recelo de su pérdida no le permitía mayor distancia que la de acurrucarse en sus adentros, escuchar las voces que fluían y plas-

---

<sup>1</sup> N. E.: hay versión en español en 1997. *El antropólogo como autor*. Barcelona: Paidós.

marlas con talento en breves relatos. Yo disfrutaba leyéndole, en particular, ya lejos, en mis largas estancias parisinas. Allí le imaginaba sabio y lúcido. Sus ficciones me adentraban, mejor que los legajos de archivo, en un mundo que sabía latir en cada uno de mis informantes y que él me ofrecía intacto. En aquellas circunstancias, le agradecí ese don.

Con los años, tuve ocasión de encontrarle y, tras mis elogios, me contestó: “esa es la materia de mi etnografía. En ellos me apoyo para mi tesis”. Su respuesta me dejó perplejo. Un tanto contrariado, comencé a sospechar un fraude. No comprendí, a la sazón, cómo ese hombre podía tramar sus relatos para uso “científico”, apoyándose tan sólo en su memoria, sin importarle la “exactitud” de los hechos ni la “autenticidad” de lo dicho, y bastarse con ello. Desprecié esa forma de hacer etnografía, pues me parecía en las antípodas de un trabajo de campo, sin tan siquiera contrastar sus recuerdos ni someterlos a prueba alguna. ¿Cómo osaba hacer de su memoria la fuente principal de su información? Más aún, ¿hasta qué punto no se daba a la invención con tal de acoplar los testimonios a sus tesis? Eso, es cierto, no le quitaba mérito literario a sus rememoraciones pero sí menoscababa su crédito.

Desde aquel momento, sospeché de su producción científica. Y, según fui conociéndola, comprendí la dimensión de la patraña. Es más, desde entonces, todo lo que él escribió, ya fuera ficción o ciencia, me resultó vacuo y presuntuoso. Su vanidad pudo con él. Nunca más lograría escribir con tanta lozanía. Le emponzoñó querer alcanzar “autoridad” con la etiqueta de investigador. No contento con ser un narrador, ante los elogios de algunos folcloristas, quiso dar el salto, pasar a la otra orilla sin someterse a otro protocolo que el de su imaginación. Logró un doctorado *cum laude*. El título tan codiciado no le dio el prestigio que tanto añoraba y sí veneno del que no podría preservarse. Al publicarse su tesis, comprobé hasta qué punto su “obra magna”, que pretendía abarcar toda la cultura local, era una superchería. Si mi aprehensión fue en un principio moralista, el tiempo confirmaría mi recelo. Con los años, nuestro doctor se convirtió en remedo del docto localista. Autor de ficciones enfáticas, ni etnógrafo ni literato, estrambótico, presuntuoso, asolado, acabó como figurón de casino, aburriendo a auditorios complacientes.

Esta historia me hace recordar la advertencia que formula Marc Augé (2006: 43) en *El oficio de antropólogo*<sup>2</sup>: “Sólo el vértigo de un ego tan frágil como excesivo puede arrastrar a un observador exterior a la ilusión de una participación

---

<sup>2</sup> N. E.: hay traducción en español en 2007. *El oficio de antropólogo: sentido y libertad*. Barcelona: Gedisa.

afectiva y fusional con su objeto”. Supercherías no han faltado en Antropología, pero no sé si fueron peores estas que los desbarres de implicación afectiva. Al menos, las primeras tenían un no sé qué de travesuras voluntarias<sup>3</sup>, mientras que las segundas, encendidas y apasionadas, fueron defendidas como verdades impolutas e insoslayables sin ser más que defensas agónicas.

## 2.

Aun a sabiendas del riesgo de lo incierto, el texto de F. S. P. me ha parecido una bocanada de aire fresco; ¿provocativo?, ¿emocional?...; en todo caso, oportuno. En estos tiempos de “grisura” viene bien una cuña que haga saltar los viejos grilletes, un tanto oxidados, que nos comprimen.

Si, *grosso modo*, se podría decir que Antropología y Literatura tienen como objeto al ser humano, tanto en general como en sus singularidades y en sus contextos, algo las distancia y diferencia. Lo propio de la Literatura es contar, reflejar más que discurrir, mientras que la Antropología se engarza en el discurso sobre el otro -o el nosotros como un otro-; intentando, en el mejor de los casos, entrever más allá de las apariencias y, en el peor, conferir opacidad a la realidad, como si sólo así pudiera ser “mirada”; de ahí que Literatura y etnografía tengan demarcados objetivos distintos cuando no opuestos. Ahora bien, existe algo en ambas que las engrandece: el soplo o el tono. Julien Gracq (Augé, 2006: 61) sugiere<sup>4</sup> que, si el compromiso irrevocable del pensamiento en la forma, procura el soplo a la Literatura, en el dominio de las ideas, este compromiso procura el tono. El tono que podemos encontrar en la obra de ciertos filósofos como Nietzsche y Pascal, así como en obras del temple de *Masa y Poder* o *Tristes trópicos*. Es un tono que trasciende el mero discurso.

Creo que los grandes literatos han dejado trazas inigualables de lo humano. Y, si como antropólogo siento cada vez más urgente el trabajo de exactitud “literal”, sé que nadie mejor que ciertos escritores dieron cuenta de los hechos; que nadie mejor que ellos han narrado lo humano con toda su verdad. Hay más verdad en muchas novelas que en la mayoría de los textos antropológicos, como hay más vida en los cementerios que en los museos etnográficos.

Me ha sido dado a conocer mejor el Magreb a través de la trilogía de Pierre Guyotat -*Ashby*; *Tumba para quinientos mil soldados*; *Edén, Edén. Edén*-,

---

<sup>3</sup> A la larga, por ejemplo, la obra de Carlos Castaneda engañó bien poco y no resiste frente al vigor y la hondura del testimonio genial de un Antonin Artaud en su obra sobre los tarahumaras. Fue mercancía de su época, aliño sin sal. Humanamente y literariamente la segunda, magistral e imperecedera, primará sobre la primera.

<sup>4</sup> *La Littérature à l'estomac*, citado por Marc Augé en *Le Métier d'anthropologue*.

William S. Burroughs -*El almuerzo desnudo*-, Mohamed Chukri -*El pan desnudo*; *Rostros, amores, maldiciones*- o Paul Bowles -*Misa de Gallo*- que desde las monografías de antropólogos. O, mejor dicho, sin las obras de aquellos escritores, éstas hubieran resultado un tanto arqueológicas. Mientras en la literatura de Guyotat, Burroughs, Chukri o Bowles fluye la vida, en aquellas monografías la realidad queda angostamente encajada cuando no petrificada. ¿Quién mejor que Mijaíl Bulgákov en *El maestro y Margarita* o en *Corazón de perro* desmenuzó la densidad del totalitarismo bolchevique?, o ¿quién mejor que Jonathan Littell, en *Las benévolas*, reveló la maraña absoluta del horror nazi? Podría decir lo mismo de obras como *El viaje al final de la noche* de Louis-Ferdinand Céline o de *Tiempo de silencio* de Luis Martín Santos. Todas esas novelas reflejan mejor la vida del siglo XX que la montaña de documentos etnográficos que se produjeron en ese intervalo.

El lenguaje en estos escritores, por nombrar tan sólo una muestra, está atravesado por su época, mientras que el de los antropólogos suele parecer esterilizado. De ahí, que en la obra de los primeros la vida de su tiempo - seres, pensamiento, paisaje, creencias, lenguaje, costumbres...- fluya para siempre a la disposición del lector, que encontrará en ella la savia y el latido oculto que lo mueve todo; mientras que en los trabajos de antropólogos, en el mejor de los casos, tan solo hallará un reflejo empañado. Y eso se debe fundamentalmente a dos razones: una, cuestión de genio, otra, cuestión de forma. ¿La genialidad que se da en ciertos escritores es posible en el etnógrafo? Ciertamente sí, más el pavor a lo subjetivo, la constricción hermenéutica -cuando no el formalismo pseudocientífico-, termina por reducir el material etnográfico a cenizas.

Evidentemente, la Literatura puede ser ramplona, “discursiva” o sin “soplo”. La imaginación no es dada a todos y, máxime, la imaginación sin genialidad suele convertirse en purpurina. ¿Cuántos escritores tan sólo escribieron una obra genial, limitándose, en el mejor de los casos, a remedar aquella el resto de su vida? Otros, sin embargo, nunca supieron dar con el *genius* que les habitaba; entregándose a la moda o persiguiendo no sé qué luces de baratija. Sé hasta qué punto cuenta la Antropología con figuras inmensas y que algunas nos redimen de la frigidez analítica con textos de una belleza arrebatadora -Marcel Griaule o Michel Leiris son dos ejemplos ineludibles-, pero una idea positivista de verdad suele desconfiar del ingenio y, no sólo, logra pararle los pies, sino que llega a arrinconarlo en el trastero hasta anemiarlo. El “soplo” y el “tono” son mal vistos hasta el punto de considerarlos acientíficos. Bronislaw Malinowski, en su *Diario de campo*, se arrepiente de no haber escogido la poesía para expresar lo que sentía durante

su estancia en Melanesia, como si esa vía le estuviera vedada. Algo así he vivido, a menudo, cuando algunos me tildaban de poeta -u otros de etnógrafo-, como si una y otra vía se repudiasen y tuviera que vivirlas desde la frustración. Recuerdo el comentario de un colega reputado que, tras mi intervención en un coloquio, me asertó: “escribes demasiado bien como para tomarlo en serio”. Supe que con el dardo no quería ensalzarme como escritor, sino menoscabar mis tesis; razón obscura y obscurantista. La “verdad” debe mostrarse en su rudeza: neutra y estéril.

### 3.

¿Qué es la verdad? Gadamer, en el volumen segundo de su obra, *Verdad y método*, pone la frase de Pilatos como exergo de su ensayo sobre el tema, y no es nimia la alusión a la pregunta del gobernador de Judea, pues ejemplifica bien lo que se suele admitir como tal: “entendida directamente a partir de la situación histórica, viene a resumir el problema de la neutralidad” (Gadamer, 2006: 51). La cuestión de la verdad en las ciencias sociales las induce a desconfiar de la subjetividad. No obstante, me preguntaría con Gadamer (2006: 44): ¿satisfacen así “eso que las hace tan relevantes: el ansia de verdad del corazón humano?”. La pregunta queda abierta.

A modo de elusión, propongo otra reflexión del mismo Gadamer (2006: 45): “la idea de condicionamiento de todo saber por las fuerzas históricas y sociales que mueven el presente no constituye sólo un debilitamiento de nuestra fe en el conocimiento, sino que supone una verdadera indefensión de nuestros conocimientos frente a las voluntades de poder de la época”. La idea de verdad preside el trabajo de todo investigador pero, a menudo, el hado de la innovación a ultranza, las corrientes a la moda o la opinión de quienes vigilan por nuestros intereses influyen sobre nuestra visión hasta arquearla -para no estar desenfocados-. Este, sin duda alguna, es el peligro que nos amenaza a todos, y no el del imaginario o la belleza.

En lo que me concierne, ni escapo a la duda, ni me complazco en ella, ni intento dar respuesta a toda costa o, aún menos, desleírla en polvo de estrellas. A mi edad no se está libre del error, a ninguna edad se libera uno de su margen. A veces, no por perseverar en una senda, se llega más allá del inicio, tan solo un paso, una zancada, un tiro de piedra... ¿Qué más da si, al menos, se logró arrancar el tranco? Eso tan solo bastaría para haber salido del espejo. Salir de su azogue falaz, fascinante, fatal.

Creo que es posible una antropología que no desprecie el estilo bajo el pretexto de menoscabar la ciencia. ¡Las fórmulas matemáticas más acertadas son hermosas! Basta ya de mamotretos academicistas, de formalismos

estériles y de amarras que impiden navegar, bajo pretexto de extravío. En “El diablo de la ficción”<sup>5</sup>, Cayetano nos previene contra los guardianes de la ortodoxia de la verdad y sus coartadas académicas: “Échale un vistazo a cualquier ensayo y los verás estratégicamente apostados a lo largo del texto, camuflados en forma de referencias, dictando al autor por dónde debe ir su discurso, vigilando que no se salga de los derroteros marcados por ellos”.

¿Cómo descubrir así nuevas vías? ¿Cómo prospectar otros horizontes? Comparto con él que la ficción absoluta no existe. El buen escritor -y, por ende, el antropólogo- no es más que un crisol. La sabia combinación de realidad y ficción hace posible el conocimiento. De ahí, que no me horrorice la puesta en escena de personajes ficticios, “que sean irreales no quiere decir que no sean reveladores de verdad”. Me temo que sobren “rígidos modelos teóricos, protocolos academicistas”, sometimiento a los detentadores del dogma. “¿La realidad? Lo que tus carceleros llaman la realidad no es más que el modo en que ellos la definen... Primero construyen una ficción sobre lo real y, después, otra ficción con la que pretenden justificar que la primera ficción no es tal”.

Entonces, cabría preguntarse, ¿a qué sirve la Antropología, no sería mejor dedicarnos todos a la Literatura? Antes de ir más lejos, traeré de nuevo en escena a mi personaje para mostrar hasta qué punto esa perspectiva es resbalosa. Mezclar ambos procedimientos conlleva una dificultad, pues se trata ciertamente de disciplinas distintas. Ahora bien, la dificultad mayor radica en el hecho de la indagación paciente y de la construcción cabal. Eludir la dificultad bajo el pretexto de la imaginación es tan peligroso como refugiarse en la autoridad para no adentrarse en lo incógnito. El trabajo que subyace en *Las benévolas* lo muestra. Jonathan Littell no estuvo allí, pero se impregnó durante años tanto en el personaje que centra la obra como en las circunstancias que le tocaron vivir. Así, cuando da vida a los personajes o les hace dialogar, las comillas son verdaderas porque lo que se dice nos parece auténtico. Es auténtico. Poco importa si alguien real lo dijo o no, se nutre de lo que otros dijeron y encarna su verbo.

La cuestión, en gran parte, radica ahí: si el etnógrafo vive entre la gente, si se empapa de ella, no necesita que sea autenticada la palabra del otro por una cinta o una comilla autenticada. Él emerge del magma que nos impregna. “Solo se entiende la vida desde la misma vida”<sup>6</sup>. La observación vivida es axial en la metodología antropológica, mucho más importante que

---

<sup>5</sup> Texto de F. S. P. que ha dado origen a este comentario.

<sup>6</sup> F. S. P.



la transcripción tozuda. No nos hagamos esclavos de la transcripción a ultranza. “Todo lo que se escribe es ficción”, diría Cayetano<sup>7</sup>. Convengo, no obstante, que la ficción puede ser el naufragio del antropólogo -lo vimos en el caso que os presenté al inicio-, pero no es menos cierto que muchos antropólogos naufragan en el análisis, agarrándose a esa tabla para vencer el fracaso de su empresa. Saben de antemano lo que andaban buscando y no supieron ver más allá de lo que ya sabían.

“Soy antropólogo y trabajo con personas reales”, responde Nacho a Chullachaqui<sup>8</sup>. Sí, diría yo, pero no por eso estamos sujetos a la estrechez de un mero testimonio, es la vida misma que compartimos con ellas la que debiera traslucir en el texto y los entrecomillados, lejos de sustituirla, vendrían a revelarla. Creo mucho en la riqueza del testimonio, pero no hasta el punto de tomar por oro puro todo lo dicho, o, lo que es peor, buscar una cumplida interpretación de toda palabra o del más mínimo gesto. Es un error tanto más grave cuanto que el tiempo que nos es impartido sea corto -algo de lo que la mayoría de los trabajos de campo académicos adolecen por falta de presupuesto-. ¿Qué excusa falaz? ¿Cómo poder conformarnos con eso? ¿Una batería de cuestionarios y el ajuste de un catálogo de factores bastarían para conocer la complejidad de lo humano? Es un asunto liquidado en unas cuantas semanas y tres máquinas -grabadora, filmadora y ordenador-. Ahí radica una de las perversidades de nuestra disciplina, poder creer que unas reglas de análisis y tres artefactos puedan dar cuenta de la realidad. Pero el mal del antropólogo es aún más dañino, Chullachaqui nos lo sopla: “El mal del antropólogo... es mucho más devastador: ataca las raíces más profundas de la identidad del otro hasta desecarlas”.

La autoría de los testimonios de tantas y tantas “entrevistas en profundidad” no son más que escenificaciones de una farsa maltrecha. No sólo coincido con Cayetano cuando duda de su autoría: “las respuestas no pertenecen al orden de quien las dice sino al orden de quien las formula”, sino que esas respuestas nos sirven de coartadas para ratificar nuestras ideologías.

Ser conscientes de ello debería servirnos para no pavonearnos en exceso, sino para tantear los bordes del abismo con cautela. En eso también debiéramos aprender del escritor cabal. Si nosotros somos los autores del guión, no dejemos al personaje hablar como un papagayo. Hagámosle emerger de su cobijo, gracias a la prolongada convivencia, gracias al hecho de vivir en nosotros. “Sumérgete en el mundo de esta gente, vívelo a fondo” -

---

<sup>7</sup> En el texto de F. S. P.

<sup>8</sup> Siempre en el relato de F. S. P.

aconseja Cayetano-. Incluso más, añadiría yo, desconfiando de tu “fantasía” -pues ella es tan peligrosa como el dogma-, recrea el relato veraz. Extrae de lo más hondo lo que ellos sembraron en ti e insúflale vida. Es justo el soplo necesario para que brote y se desprenda de la ganga. En eso me parece adecuado el consejo de Chullachaqui: “porque sólo así podrás comprenderlo y podrás hacer que otros lo comprendan también”.

#### 4.

Es paradójico que, en este alba del tercer milenio, las ciencias humanas desconfíen tanto del imaginario cuando tienen como principal sujeto el estudio de lo humano. Es más, hasta los mismos estudiosos de la imaginación se aferran a marcos funcionalistas por miedo de dar al traste con su empeño científico, como si la ciencia del imaginario debiera imitar la metodología de la química o de la biología, en vez de encontrar sus propias formas. En nombre del análisis riguroso sepultamos a la madre y al feto antes de que cobre vida, momificando todo en nombre de lo estéril. Incluso el pretendido “nuevo espíritu antropológico”, que alumbraría la creación del CRI<sup>9</sup>, terminó por convertirse en una máscara para disecadores del ingenio.

Sin duda alguna, la cohorte de antropólogos que salen de las universidades no es peor que la caterva de literatos que se abren camino en los anaqueles de librerías “de nuevo”. Una y otra disciplina tienen mucho que enmendar pero, en cuanto a lo que nos toca, despojémonos de certezas analíticas y dejémonos impregnar por la vida. El marco analítico es una aproximación de la realidad, no la realidad.

El problema radica en el esfuerzo titánico de dar vida a lo que intentamos reflejar. Poco importa si se trata del literato o del antropólogo. Como sugiere Cayetano: la verdad que saldrá de nuestros dedos ha de ser sometida a las leyes del mundo real, “porque si en algún momento dejas de hacerlo, desvela su naturaleza fullera y deja de funcionar. Pero si funciona, como lo hacen las grandes novelas, esa suerte de ficción verdadera es más reveladora de la condición humana que la de muchos tratados de Antropología que contaminan las bibliotecas”.

Liberarnos de los protocolos académicos no basta ni para lograr el “tono” ni para inspirar la vida, cierto, pero aferrarnos a ellos tampoco. No creo en la fantasía como fuente de nuestra disciplina y aún menos en efectos literarios que suplanten la realidad o falseen lo que no supimos captar. No obstante, como sostiene Marc Augé (2006: 53), estimo que “la cuestión de la

---

<sup>9</sup> Centre de Recherche sur l’Imaginaire.

escritura no es ni accesoria ni periférica. Está en el meollo de la disciplina antropológica”. Es más, comparto con él la convicción de que “cuanto más se compromete el antropólogo como autor, más escribe [quiero decir: más se puede percibir en su escritura el eco de un tono y de una subjetividad], más podemos asegurarnos que escapa a las mallas de la rutina y del etnocentrismo estereotipado” (Augé, 2006: 57).

Aun si no es tarea fácil, nuestra misión, como la del escritor, es la de dar cuenta de lo humano y lo humano es complejo, esencialmente complejo; reducirlo nos aleja de su esencia, desvirtúa su verdad. No nos privemos de su destello por miedo de quemarnos.

## 5. Referencias bibliográficas

ARTAUD, Antonin

1985 *Los Tarahumaras*. Barcelona: Tusquets.

AUGÉ, Marc

2006 *Le Métier d'anthropologue. Sens et liberté*. Paris: Galilée.

BOWLES, Paul

2002 *Misa de Gallo*. Madrid: Alfaguara.

BULGÁKOV, Mijaíl

1999 *Corazón de perro. La isla púrpura*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores.

2008 *El maestro y Margarita*. Madrid: Alianza editorial.

BURROUGHS, William S.

1989 *El almuerzo desnudo*. Barcelona: Anagrama.

CÉLINE, Louis-Ferdinand

2007 *El viaje al final de la noche*. Madrid: Edhasa.

CHUKRI, Mohamed

1982 *El pan desnudo*. Barcelona: Montesinos.

2003 *Rostros, amores, maldiciones*. Barcelona: Debate.

GADAMER, Hans-Georg

2006 *Verdad y método*. Salamanca: Sígueme. Vol. 2. Traducción de Manuel Olasagasti.

GEERTZ, Clifford

1988 *Works and Lives: The Anthropologist as Author*. Stanford: Stanford University Press.

GRÈVE, Marcel de

s. a. “Anthropologie”, en Joseph Fahey (ed.), *Dictionnaire International des Termes Littéraires*. Vita Nova editores. www.ditl.info. Edición escrita del DITL a cargo de Jean-Marie Grassin. Université de Limoges. Observatoire International de Terminologie Litteraire. France.

GUYOTAT, Pierre

1964 *Ashby*. Paris: Le Seuil.

1967 *Tombeau pour cinq cent mille soldats*. Paris: L'imaginaire, Gallimard.

1970 *Edén, Edén. Edén*. Paris: Gallimard.

LITTELL, Jonathan

2007 *Las benévolas*. Barcelona: RBA Libros.

MALINOWSKI, Bronislaw

1989 *Diario de campo en Melanesia*. Madrid: Júcar.

MARTÍN SANTOS, Luis

1978 *Tiempo de silencio*. Barcelona: Seix Barral.

